

**IRUROZQUI, Marta.** *A bala, piedra y palo: La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952.* Sevilla: Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla, 2000, 451 pp.

El presente libro se inscribe dentro de una nueva tendencia de la historiografía latinoamericana de estudiar la historia política a partir de la reflexión sobre la problemática de la democracia. A mi entender la mencionada tendencia se inició en Europa, destacando en ella el profesor François-Xavier Guerra y la escuela por él formada. A ello se añaden los estudios realizados en centros de investigación o de modo aislado en la América Latina y en los Estados Unidos. Creo que esta aproximación a la historia política se caracteriza por tratar de resolver el problema de la democracia incorporando a la teoría histórica inquietudes nacidas de la filosofía política. De ese modo se trasciende la mera narración, sin que por ello se postule la negación de la narración histórica. Más aún, muchos de sus adherentes creen fundamental narrar la historia, porque la cultura política —como bien lo dice la autora de la obra que comentamos—, se construye cotidianamente, incluyendo episodios de trascendencia muy diversa.

*A bala, piedra y palo* tiene como fin comprender la evolución de múltiples conceptos que sobre la ciudadanía fueron emergiendo, de modo contradictorio y antagónico, entre los diversos actores históricos bolivianos, desde la independencia hasta la revolución de 1952. Es un trabajo ambicioso, que abarca más de un siglo y busca comprender las diferentes nociones de ciudadanía, de pertenencia, de imaginación de una comunidad imaginada. No pretende narrar una historia lineal, sino más bien analizar los problemas de la formación de la ciudadanía en un país multiétnico, en el cual la población de origen europeo —y en mucho menor medida la mestiza— se ubica en la cúspide de la pirámide social, teniendo debajo de ella a los indios, que eran mayormente colonos de haciendas o indios de comunidad. Por la diversidad de la sociedad boliviana, la autora se enfrenta a los diferentes proyectos de inclusión social de los sectores bolivianos. Sin lugar a dudas, uno de los méritos del libro es el de incluir a la mayoría de los actores sociales de ese país, sin restringir el análisis histórico de la política a la esfera urbana. Muchas veces, el

estudio de la política ha terminado siendo el análisis de la ciudad, dejando de lado a los indios, como lo desearon los criollos y mestizos de los siglos XIX y XX.

La obra se compone de cuatro partes. La primera, "La democracia: Principio de refundación nacional"; la segunda, "Las elecciones: Reformas electorales en Bolivia 1826-1952"; la tercera, "Las elecciones: ¡A las Urnas!"; y la cuarta, "La participación popular". En la narración de la historia boliviana la autora no se ciñe necesariamente a un orden cronológico, lo cual no le impide abordar los más importantes sucesos y conflictos de un periodo tan largo. Sin embargo, ofrece un análisis más sofisticado y dedica más atención al periodo posterior a la guerra del Pacífico que a la época anterior de los caudillos militares.

En la primera parte del libro la autora reflexiona sobre las consecuencias de la guerra del Pacífico para el sistema político: el fin del caudillismo y el desarrollo de los partidos. En especial estudia dos periodos: el conservador, que comprende desde la guerra del Pacífico hasta 1900, y el liberal, que se desarrolla hasta 1932. Siguiendo el discurso de la época, se analiza la crítica al militarismo y al caudillismo como la fuente de los males de Bolivia, siendo el más grave, sin lugar a dudas, la pérdida de la guerra y, por consiguiente, la pérdida de la salida al mar.

Es interesante contrastar este periodo con la historia peruana, y con la llamada república aristocrática. Recordemos la escasa participación política formal de los indígenas, excluidos en mayoría del derecho al sufragio. Obviamente los militares son muy criticados en el Perú. Pero muchos historiadores sostienen que la estabilidad constitucional de la república aristocrática también se debió al crecimiento económico generado por el *boom* de la exportación. La paz constitucional era exigida por una elite para el buen desarrollo de sus empresas. Sería interesante saber la relación entre economía y política para el caso boliviano, para comparar ambos países con criterios análogos.

En la segunda parte del libro se analiza el sistema electoral desde 1826 hasta la revolución de 1952. El sistema electoral tenía ciertas variables inamovibles. El sufragio era masculino, censitario y alfabeto. El sistema fue el de simple mayoría, prevaleciendo el sistema de lista completa; y hasta la ley de 1839 la elección era indirecta. La autora menciona la ambigüedad del sistema electoral en el proceso de

clasificación de los ciudadanos activos, quienes tenían derecho a votar, lo cual es un punto recurrente en todo su trabajo. Para su análisis, Irurozqui ofrece ejemplos de la complejidad del proceso de selección de los electores. En el mencionado proceso de selección, los actores históricos de la ciudad jugaban un rol predominante. Por ello, el primer paso para ganar una elección era controlar los poderes locales. En las instancias locales se decidía quiénes eran los electores.

La mencionada ambigüedad, entre otros factores, fomentó una cultura política que atribuía escasa legitimidad a las elecciones. De modo muy interesante, Irurozqui explica cómo se creaba la sospecha de la ilegitimidad y la ilegalidad de las elecciones. Para comenzar, el fraude electoral era algo común, un componente fundamental en la lucha política. Sin lugar a dudas, la sospecha de corrupción destruía la legitimidad de los actores en la estructura del poder. La transparencia no existía y se vislumbraban gobiernos compuesto por mafiosos, sin importar realmente quiénes eran los gobernantes de turno.

En el tercer capítulo, la autora continúa abordando el tema de las elecciones. Menciona la contradicción entre las normas jurídicas y los fraudes electorales. A pesar de ello —y en esto debe resaltarse el análisis de Irurozqui— las elecciones crearon y fomentaron espacios públicos que cuestionaban la legitimidad de la pertenencia a la ciudadanía; es decir, impulsaron la lucha por la ciudadanía. En la época de los caudillos militares (1825-1880) el porcentaje de los votantes fue minoritario —un 2% de la población. La organización fue más personal y ajena a un sistema de partidos. En el mencionado periodo también existió el problema de los exiliados y su poder político. Ello creó un mercado para el chantaje político. La amnistía, sobre todo en tiempos electorales, significaba la compra del voto del exiliado y de todo aquel cuyo voto se pudiera manipular. A partir de 1880 se inauguró el sistema de partidos políticos. Como se ha dicho, la guerra del Pacífico generó un odio a los caudillos militares forjándose un proyecto de un sistema institucional. Por otro lado, la autora indica que las alianzas entre los partidos estabilizó el sistema. La institucionalización de los partidos despersonalizó la actividad política y, de modo paradójico, cimentó las redes clientelares. La paz democrática significó la competencia entre partidos la cual favoreció la politización de la población mediante su creciente movilización, y estableció un filtro a la ciudadanía. Ya no solo había que cumplir los requisitos de los

reglamentos electorales, sino que era necesario también satisfacer un estereotipo cultural y social.

Irurozqui ofrece aportes importantes al analizar la relación entre la elite y los sectores indígenas y la población popular urbana. Es interesante saber que a fines del siglo XIX el Partido Liberal, bajo el mando de José Manuel Pando, compitió en las elecciones con el apoyo de los aymaras. Pero las relaciones más complejas o mejor analizadas, seguramente por una cuestión de fuentes, son las vinculadas con la lucha por la ciudadanía en la ciudad. En la búsqueda del voto de los cholos, cada bando manifiesta representar la parte decente de los artesanos. Al cambiar la composición de la ciudad, aparecen nuevos actores. En los años 20, por ejemplo con Bautista Saavedra, se encuentra actores sociales típicos del siglo XX: los obreros y los estudiantes universitarios. Por lo general la relación entre la elite y los sectores populares estaba basada en la contradicción entre el ansia por el voto y el control social por parte de la elite. De acuerdo a la autora, estos conflictos forjaron la ciudadanía boliviana.

En el cuarto y último capítulo, Irurozqui analiza las demandas populares y su vínculo con la construcción de la ciudadanía. Una de las grandes demandas fue la educación: un vehículo de movilidad social, pero sobre todo, de acuerdo a la autora, un instrumento que era percibido por los indígenas como necesario en la defensa de los derechos por sus tierras. La construcción de escuelas y el rechazo a ellas por los hacendados fue algo común en la historia boliviana anterior a la revolución de 1952. Por el lado urbano, la autora analiza diversas formas de socialización, tales como las logias masónicas. Y fue la guerra del Chaco la que cohesionó a los diferentes sectores sociales para buscar nuevos rumbos en la historia boliviana.

El libro está concebido bajo la premisa de que el derecho a la ciudadanía está basado en un continuo aprendizaje y en la difusión constante del discurso democrático. La ciudadanía se construye a través de actividades formales e informales, legales e ilegales. Y lo más interesante —y para destacarlo he escrito esta reseña—, es que la autora describe y analiza los diferentes discursos de los actores sociales bolivianos sin olvidar la relación entre campo y ciudad, ni entre indígenas, criollos y mestizos. Irurozqui demuestra la complejidad de la construcción de la ciudadanía en una sociedad jerárquica, como lo fue y lo es la sociedad boliviana; como lo fue y lo es la peruana, y

otras sociedades en esta parte del mundo. Sin lugar a dudas, Irurozqui ha escrito un libro que nos hace pensar el presente vinculado al pasado, como el gran historiador francés Marc Bloch, quien prescribía al historiador cómo debía ser su quehacer: un pasado vinculado al presente y un presente vinculado al pasado.

Cristóbal Aljovín de Losada  
*Universidad Nacional Mayor de San Marcos*